



VOCES Y REPRESENTACIONES DE LA INMIGRACIÓN ITALIANA EN LA LITERATURA ARGENTINA

Fernanda Elisa Bravo Herrera
(CONICET – Universidad de Buenos Aires)

Resumen. Este trabajo se propone ofrecer un panorama de las representaciones de la inmigración italiana en algunos textos significativos de la literatura argentina. Se busca reconocer las diferentes modelizaciones ideológicas del inmigrante italiano como sujeto cultural, para establecer los valores e interpelaciones socio-culturales, las articulaciones con la política nacional, los procesos histórico-sociales y las inscripciones discursivas alrededor de la inmigración italiana en la Argentina, es decir, las formaciones identitarias del sujeto cultural nacional, sus representaciones y auto-representaciones. Algunas de las problemáticas estudiadas son identidad / alteridad, centro / periferia, patria / nación, marginalidad / integración, extrañamiento, transculturación, memoria, cultura, imaginario social.

Abstract. This work aims to offer a panorama of the representations of Italian immigration in some significant texts of Argentine literature. The aim is to recognize the different ideological models of the Italian immigrant as a cultural subject, to establish socio-cultural values and interpellations, articulations with national politics, social-historical processes and discursive inscriptions around Italian immigration in Argentina. to say, the identity formations of the national cultural subject, their representations and self-representations. Some of the problems studied are identity / alterity, center / periphery, fatherland / nation, marginality / integration, estrangement, transculturation, memory, culture, social imaginary.

Palabras clave. Inmigración, Identidad, Alteridad, Sujeto Cultural, Ideología

Keywords. Immigration, Identity, Otherness, Cultural Subject, Ideology

1. Reflexiones preliminares

Los discursos sociales, entre los cuales el literario, actúan como dispositivos en los que se registran y modelizan las interpelaciones ideológicas y las proyecciones identitarias de los sujetos culturales. Esta configuración de re-presentaciones resulta un complejo semántico y simbólico, estratificado, dinámico, tensionado en las diferentes relaciones en las que el sujeto social se encuentra. Así, tiempo, espacio, memoria, pasado, cotidianeidad, idealizaciones y utopías, imposiciones, comunidad, entre otros, forman un entramado sígnico que va diseñando el proceso de constitución de identidades y, consecuentemente, de alteridades. Desde la propuesta bajtiniana, la literatura, como género discursivo secundario, y, especialmente, la novela «traducen» con el pluriligüismo un sistema de (auto)representaciones y valores, es decir, imágenes del mundo y estilizaciones lingüísticas en interacción, tensión y renovación incesantes. Dicha construcción implica la «dialogización» del lenguaje literario y extra-literario, en cuanto supone, por una parte, una codificación y re-escritura de formas literarias precedentes o contemporáneas que pueden inscribirse en una o varias tradiciones y, por otra parte, en la inclusión de lenguajes vivos, de intercambio y de uso social con diferentes niveles de estilización, abstracción o des-realización. Las (auto)representaciones de los sujetos y de los cronotopos se resuelven dialógicamente según un orden ideológico, un imaginario que se apoya en lo simbólico y en lo funcional, y definen en las identidades no solamente la definición de coincidencias, las autoafirmaciones de una mismidad, las redes de pertenencia y de identificación, sino también las diferencias y las distancias y las alteridades. Los procesos de organización de los estados nacionales modernos, la planificación de un proyecto político, las e(in)migraciones y las transformaciones económico-demográficas implican siempre una revisión de las definiciones de fronteras e identidades, esto es, una nueva estructuración del imaginario social y, valga la redundancia, de la conformación imaginaria de la sociedad que se inscribe necesariamente en los discursos circulantes. Las e(in)migraciones, en cuanto fenómenos socio-históricos de desplazamiento con impacto intergeneracional, determinan un necesario replanteo de mapas y cartografías simbólicas que den cuenta de las articulaciones identitarias y de subjetividades, de pertenencia o de diferenciación, especialmente en los espacios «entre-medio» (Bhabha H. 2002) que implican proyecciones en la otredad.

En la literatura argentina las inscripciones de la e(in)migración resultan un fenotexto que converge en la problematización continua de la identidad argentina, evidenciando en algunas de las (de)construcciones y

(re)formulaciones líneas ideológicas contradictorias y en conflicto. Este trabajo se propone rastrear algunas de esas múltiples (re)configuraciones identitarias, atendiendo la e(in)migración italiana, para determinar las perspectivas políticas que las determinan, interpelan y modelizan discursivamente en la literatura argentina.

2. Construcción de fronteras y muros

La grande migración de Italia a Argentina coincidió con el proceso de organización como estados modernos que ambos países estaban encarando, aunque el mismo se desarrolló bajo distintos signos políticos e ideológicos. Si en el caso argentino fue la generación del Ochenta la que impulsó la inmigración, especialmente a través de la Ley de Inmigración y de Colonización de 1876, delimitándola luego con la Ley de Residencia de 1902, en Italia, en cambio, pese a los grandes debates políticos y a las circulares de 1868, 1873 y 1876 que se ocuparon de la emigración, recién en 1901 se aprobará la primera ley de tutela de los emigrantes con la cual, además, se creó el *Commissariato Generale dell'Emigrazione*. La legislación no acompañó, en Italia, el proceso social, pues en 1919 se aprobó un único texto por el cual se signaba oficialmente el fin de la «Gran emigración», ignorando así los flujos de emigrantes que continuaron a huir de una Italia que ya no los acogía. La emigración continuaba a desarrollarse finalizada la Gran Guerra como consecuencia de las heridas sociales de la misma, durante el Fascismo como única opción de resistencia y fuga de la persecución racial y religiosa y, sucesivamente, como resultado de la derrota y los horrores de la II Guerra Mundial. Sin embargo, es interesante señalar que, aunque el cuerpo legislativo no acompañaba los procesos socio-históricos y procurase regularlos y responder a las contingencias de la contemporaneidad, su discurso respondía a una perspectivación de las subjetividades que encontraba su correspondiente en otras discursividades, entre ellas la literaria. Tomemos como ejemplo el Decreto-Ley del 28 de abril de 1927 por el cual se instituye la *Direzione Generale degli Italiani all'Estero*, aboliendo el *Commissariato Generale per l'Emigrazione*. Con esta legislación, quienes se desplazaban fuera del territorio nacional ya no eran considerados emigrantes, sino italianos residentes en el extranjero, por lo que se anulaba la configuración negativa del proceso social, revalorizando el movimiento demográfico como medio de difusión de la cultura y de la lengua italiana. Se trataba, entonces, de una forma legal, ideológica y discursiva tendiente a desmontar semánticamente al fenómeno (e)migratorio, desarticulando los valores con los que se había hasta entonces

conformado, especialmente aquellos vinculados con la hemorragia, la fuga, la «miseria errante», que denunciaban el fracaso del proyecto *risorgimentale* de unificación de Italia (Bravo Herrera F. E. 2015a). Esta legislación proponía, como contraste a esa visión negativa del proyecto nacional de unificación, de la inmigración, y como vía de rescate social, la permanencia de una identidad nacional más allá de los confines territoriales del Estado. Se construía, así, una Nación extraterritorial gracias a la conservación de una cultura común, superior, que definía a los italianos como colonizadores y colonos culturales, más que sujetos vencidos que necesitaban ser acogidos en tierras extrañas, expulsados de su Madre Patria. Estas (re)significaciones de la(s) identidad(es) cultural(es) bajo el signo de la e(in)migración se registraron, en forma compleja, estratificada, en elipsis, en la literatura, a veces en forma contradictoria y recogiendo otras problemáticas que confluían y ponían en crisis determinados valores e ideologías.

En lo que se refiere a la literatura argentina, el ingreso de los inmigrantes italianos en el espacio social se tradujo en una serie de representaciones que respondían al proyecto de organización nacional, poniendo en evidencia los conflictos sociales y los desencuentros. La incomunicabilidad lingüística y cultural en el desencuentro entre el gringo (el *papoletano*) y el gaucho Martín Fierro desmonta, por una parte, el mito de la inmigración y, sobre todo, de la colonización de la pampa señalando la inadecuación y la incapacidad de los recién llegados. Esta posición fue expuesta por Carlos Néstor Maciel en *La italianización de la Argentina. Tras la huella de nuestros antepasados*, ensayo en el que se apela a la argentinidad como única defensa para frenar la influencia italiana por la masiva inmigración. Las colonias, para Maciel, eran una demostración de la incapacidad de los italianos de integrarse y asimilarse a la sociedad y de adaptarse a los usos y costumbres locales de las tareas agrícolas para los que había sido llamados por el proyecto de inmigración y colonización impulsado por el gobierno. Esta mirada coincidía con la observación crítica de Martín Fierro:

A pesar una larguísima convivencia, el italiano no ha adoptado ninguna de las características de la vida rural argentina. No se hizo jamás un mediocre jinete; no usó nunca la clásica bombacha y prefirió siempre, para la faena de la «chacra», el buey, dócil y lento, al caballo indómito, amado por los «criollos» con fervor apasionado. (Maciel C. N. 1936:38)

Los desencuentros culturales presentes en el poema de José Hernández denuncian en esa nueva configuración política la lucha por el territorio y el desplazamiento injusto sufrido por los antiguos habitantes de la pampa,

mostrando la persecución por parte del Estado, ignorante de la real situación del país e incapaz, por ello, de gobernarlo adecuadamente. Este proyecto de inmigración y colonización, criticado desde el humor y la perspectiva del gaucho, traducía, además, la voluntad política de transformar el sistema de producción económica, el espacio demográfico y, con ello, ingresar a cierta forma de Modernidad. La negación, por parte de ese proyecto político, de un sector de la población –los indígenas y los gauchos– determinó que algunas zonas del territorio nacional se concibieran como si fueran un desierto que debía conquistarse, desplazando a quienes no lograban integrarse al nuevo Estado moderno y no respondían a sus parámetros y valores de pertenencia. El inmigrante, aun estigmatizado por José Hernández desde la mirada del gaucho, operaba como actor funcional a ese proyecto político, aunque su concretización histórica no correspondía cabalmente al inmigrante idealizado y configurado desde la legislación y el ideario de la generación del Ochenta. Para el nacionalismo del Centenario, la inmigración fue percibida negativamente al entrar en conflicto la consecuente europeización que producía con el tradicionalismo y el conservadurismo que se defendían. Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez consideraban que la tradición representaba el núcleo fundacional de una nación, por lo que los procesos migratorios, con las fundaciones de nuevos mitos, fronteras e identidades, implicaban una ruptura a ese orden identitario. Rojas incluso criticó en *La restauración nacionalista* que por el cosmopolitismo y la inmigración la escuela estatal haya sido «desnacionalizada por el ambiente, en lugar de que [...] influyese sobre la sociedad, argentinizándola» (Rojas R. 2010: 245). El binomio civilización / barbarie, que signa la literatura argentina, se resignifica en estas producciones, desplazando la barbarie hacia lo foráneo e instaurando la civilización en las provincias, de tal modo que el principio impuesto por Sarmiento se invertía desde el liberalismo. Esta perspectiva ideológica contribuía a la consolidación tradicionalista del estado nacional en pleno aluvión inmigratorio, reforzando la reacción conservadora, relegando los «recién llegados» a la periferia y apelando a la intrahistoria como ancla de reafirmación identitaria. El nacionalismo implicó, entonces, la recuperación y cristalización de un patriarcado que, si bien viajaba a Europa como parte de la formación cultural dando continuidad al «gran tour», reformulaba la matriz de la argentinidad, pertenencia válida y prestigiosa, con raigambre en la hispanidad. El indianismo de Ricardo Rojas devino, así, revisionismo y resistencia a lo foráneo, recuperándose una idealización y una estilización del componente indígena y gauchesco. El gaucho don Segundo Sombra, para Ricardo Güiraldes, es una sombra que se esfuma en el horizonte y no ya un gaucho perseguido como Martín Fierro por «vago y malentretenido» (Gori G. 1951). Los peligros de la inmigración fueron

expuestos por Manuel Gálvez en 1910 en *El diario de Gabriel Quiroga*. En este «diario» se revisan y niegan los estereotipos y mitos creados por Sarmiento y Alberdi alrededor de la civilización que se apoyaban en la urgencia de europeizar a través de una campaña de inmigración para construir un modelo de nación que resultó, en realidad, para Gálvez, un fracaso (Bravo Herrera F. E. 2013):

Sarmiento y Alberdi hablaron con encono de nuestra barbarie y predicaron la absoluta necesidad de europeizarnos. Tanto nos dijeron que en efecto nos convencimos de que éramos unos bárbaros y con una admirable tenacidad nos pusimos en la tarea de hacernos hombres civilizados. Para eso se empezó por traer de las campañas italianas esas multitudes de gentes rústicas que debían influir tan prodigiosamente en nuestra desnacionalización. Después se imitó las costumbres inglesas y francesas, vinieron judíos y anarquistas rusos y se convirtió a Buenos Aires en mercado de carne humana. En fin, no apuntaré, por ser innecesario, todo lo que hemos realizado para conseguir nuestra europeización. [...] En la hora presente, gobernar es argentinizar. (Gálvez M. 2001: 116-117)

Desde esta perspectiva la configuración de subjetividades y la representación de inmigrantes acentúa la alteridad y la extrañidad, es decir, lo ajeno y las diferencias, construyendo fronteras en un espacio de contactos. En 1934, Ignacio Anzoátegui en *Vida de muertos*, desde el revisionismo histórico y el nacionalismo con bases en el catolicismo y en la reivindicación de la estirpe hispánica, rechazó el aporte inmigratorio proveniente de Italia, considerando que fueron tres las plagas que Sarmiento introdujo: «el normalismo, los italianos y los gorriones» (Anzoátegui I. B. 2005: 99). En su análisis de la situación del país consideró que «la República no fue una nación sino una amnistía» (Anzoátegui I. B. 2005: 116), como consecuencia del fenómeno inmigratorio que se desarrolló en forma equivocada en cuanto «se volcaron los bajos elementos de todas las nacionalidades, todos los estados peligrosos tuvieron aquí amparo» (Anzoátegui I. B. 2005: 119). Respecto a los italianos, en lo específico, fueron los que mayor rechazo produjeron en este autor, por su nulo aporte al país, por la mala distribución urbana que provocó en las periferias el degrado moral y social, por el general atraso cultural que contrasta con la historia de ese país. En su análisis de la inmigración italiana valoró, además, el accionar de Mussolini que había «limpiado a Italia del garibaldismo» (Anzoátegui I. B. 2005: 101) y afirmó, en relación con el proyecto de inmigración y colonización de Sarmiento y Alberdi que había fracasado en sus principios y realización histórica por el accionar y la incapacidad de los

italianos:

Sarmiento se trajo a los italianos porque él creía que entendían de trigo, y en lugar de irse al campo y fundar colonias se prendieron a las ciudades y fundaron quintas; en lugar de sembrar trigo sembraron verduras y mandaron al centro a sus hijos para que figuraran lo mismo que los hijos de los otros. Los italianos mezclaron las orillas con la ciudad; se arrimaron al compadraje y lo metieron adentro cuando menos lo pensábamos. Nos ayudaron a levantar las cosechas, pero las máquinas hacen lo mismo y no se cruzan con nuestra sangre. Ni siquiera nos trajeron su ciencia ni su arte, porque tuvimos que cruzar el mar y traerlas nosotros, aunque detrás de eso se vinieran las primas donnas y las cantantes que retardaron en veinte años nuestra salida del romanticismo. (Anzoátegui I. B. 2005: 101)

El inmigrante, especialmente el italiano, desde esta ideología nacionalista, no era un huésped, sino un enemigo, un elemento hostil y peligroso, que carecía de las virtudes del argentino de vieja estirpe y que resultaba, por ello, un elemento contaminante. Para referirse a este rechazo, la metáfora de la sangre resultaba una constante que permitía explicar negativamente al multiculturalismo mientras se propiciaba la homogeneidad demográfica y «racial» del país. También para Eugenio Cambaceres, con sus antinomias entre la ciudad y el campo, entre Europa y Argentina, basadas en la exaltación nacionalista del pasado, el inmigrante resultaba un usurpador, que contaminaba a la sociedad con su mala predisposición y estirpe y frente a ello la cultura, la educación, el contexto, las relaciones de prestigio no podían revertir los efectos negativos. La xenofobia de Cambaceres, sustentada en el determinismo, en el naturalismo y positivismo de Émile Zola, significaba ideológicamente la expulsión y el rechazo de la inmigración, especialmente de aquella considerada «baja», sin que se propusiera, por lo tanto, una integración en un crisol de razas, como lo proyectó el uruguayo Florencio Sánchez en la comedia *La gringa*, estrenada en 1904. Genaro, en la novela *En la sangre* (1887) de Cambaceres, desde su nacimiento lleva las marcas de la corrupción, acentuadas por su formación en la calle y en los conventillos, y aunque logra escalar social y económicamente, con engaños y en forma injusta, inmerecida, conserva esas improntas de indignidad. La italianidad es definida negativamente, sobre todo por su falsedad y mediocridad, desde un determinismo que exagera las diferencias y los rasgos:

Y, sólo porque dotado de la astucia felina de su raza, su único bagaje intelectual, poseía el don de sustraerse a las miradas ajenas, de disfrazar,

envuelto en el oropel de una verbosidad insustancial y hueca, todo el árido vacío de su cabeza, no faltaba quien dijera de él que también tenía talento..., talento él... ¡Oh, si lo viesen, si los que tal creían lo sorprendiesen, frente a frente, cara a cara con sí mismo... imbéciles, el único talento que tenía él era el de engañar a los otros haciendo creer que lo tenía!... (Cambaceres E. 2007: 76)

La intrusión del inmigrante en las instituciones tradicionales significaba, tal como se inscribe en la novela *En la sangre*, una violación de un estado, de un orden, un rebajamiento moral y humano que se traducía irremediabilmente en un decaimiento de la identidad nacional que así se veía amenazada y en peligro. El conflicto identitario no se leía solamente en las relaciones entre los extranjeros y los argentinos, sino también intergeneracionalmente y a nivel individual en los inmigrantes. Genaro busca desesperadamente distanciarse de su padre, aun cuando el determinismo marque su destino y su subjetividad. La continuidad y las identificaciones, la pertenencia identitaria implica, desde esta perspectiva, un mandato que pesa a los mismos sujetos que tratan de transformar su identidad y argentinizarse. Esta observación y caracterización denuncia el proyecto de nacionalización de inmigrantes, especialmente de sus hijos y muestra las debilidades de una ley demasiado generosa que otorga la ciudadanía a todo aquel que naciera en suelo argentino. Genaro, hijo de inmigrantes que lucha por escalar en la sociedad, se muestra consciente de su diferencia que es fundamentalmente una «deficiencia» identitaria:

Algo había pesado, algo había influido asimismo, no dejaba íntimamente de comprenderlo, su manera de ser, su natural, su propia índole; se conocía él, tenía ese mérito siquiera, le costaba deshacerse del dinero, era mezquino y ruin en el fondo, avaro como su padre. Otra prenda que agregar a las prendas que lo adornaban, otro bonito regalo que le había hecho el viejo, otro presente más que agradecerle.... ¡maldito... nunca, jamás podría acordarse de él sin odio, hasta sin asco!... Pero se había de dominar, se había de vencer; no había nacido en Calabria, había nacido en Buenos Aires, quería ser criollo, generoso y desprendido, como los otros hijos de la tierra; era una miseria, una indecencia, una pijotería sin nombre que, pudiendo, dejara de comprarse lo que le estaba haciendo falta. (Cambaceres E. 2007: 100)

El inmigrante italiano, en la figura paterna, es caracterizado en esta novela de Cambaceres desde su avaricia y su mezquindad económica que se traducen en sus limitaciones morales, de tal forma que estas marcas devienen

ineludible mandato identitario, y como en algunos tiempos y países lo habían sido para los judíos rasgo punible de exclusión social. La avaricia es condenada y señala no solamente la voluntad de ascenso y de rescate social y económico, sino la bajeza de los sujetos y su inconveniente cualidad ética y moral que no contribuye en el crecimiento de la nación:

Arrojado a tierra desde la cubierta del vapor sin otro capital que su codicia y sus dos brazos, y ahorrando así sobre el techo, el vestido, el alimento, viviendo apenas para no morir de hambre, como esos perros sin dueño que merodean de puerta en puerta en las basuras de la casa, llegó el tachero a redondear una corta cantidad. (Cambaceres E. 2007: 55)

Esta misma cualificación negativa del inmigrante italiano se encuentra en las novelas *Carlo Lanza* y *Lanza el gran banquero*, ambas de Eduardo Gutiérrez (1890), en donde se configura la alteridad del italiano a partir de su afán por enriquecerse. A través de esta construcción negativa de subjetividades se deconstruye el mito del *fare l'America*, por el cual, en última instancia, se limitaba el valor de estas tierras a lo económico, al mero progreso material de ajenos y extranjeros. La crítica a la avaricia de los inmigrantes italianos resultaba, entonces, una forma de proyección de valores espirituales de un territorio contrapuestos a los sujetos extraños que la «mal usan». Además de desmontar este mito de América como la tierra de la abundancia y del fácil enriquecimiento, Gutiérrez denunció los engaños de las empresas que se dedicaban a favorecer indiscriminadamente la inmigración con engaños. En última instancia en estas novelas se cuestiona el programa de inmigración y colonización impulsado por el Estado, enfrentando así, en la oposición y en el contraste, dos proyectos diferentes de organización nacional. En *Carlo Lanza*, primera parte de esta saga alrededor de un banquero que hace su fortuna en Argentina para después perderla en Europa, como justo castigo por sus culpas, se expone el mito del *fare l'America* del siguiente modo:

Esta creencia de Lanza era general en todos los hombres del pueblo, por las fortunas que habían visto levantar á los que habían venido y por los grandes bolazos que contaban los agentes de inmigración para atraerlos y ganar la comisión que les pagaba el gobierno.

Por esto la gente ignorante creía que no había más que venir á América y recoger las onzas de oro que andaban tiradas por la calle.

Personas que hacía apenas un año que habían salido de allí, ya habían enviado algunos miles de francos y noticiado de que aquí estaban ganando cien ó doscientos francos al mes, lo que allí representaba cinco veces lo que

se podía ganar.

[...]

Estas noticias iban á su tierra con la exageración consiguiente, aumentadas por los agentes de inmigración y de allí resultaba la creencia general de que en América se encontraba el dinero por la calle, ó que con sólo conchabarse de sirviente se ganaba una fortuna en pocos años, pues todo cuanto se ganaba podía guardarse, puesto que el patrón se encargaba de llenar con largueza todas las necesidades de la vida. (Gutiérrez E. 1890a: 12-13)¹

El fin de la comedia, es decir la quiebra y los numerosos engaños, en la segunda parte de la saga, se concluye con la desaparición del banquero Lanza, cuyo destino se desconoce, como el de un pícaro astuto que se vuelve un monstruo legendario y su historia, ejemplificadora, pues «unos suponen que está en California y otros en Alejandria; habiendo algunos que aseguran haberlo visto por Norte-América» (Gutiérrez E. 1890b: 295). Las víctimas de la estafa de Lanza, en ese final revelador, lamentan no solo las pérdidas económicas sino también el desengaño del sueño del *fare l'America* y, como si se encontraran en el infierno, devoran y lastiman sus carnes a la manera de las Furias y el Minotauro dantescos. La monstruosidad acompaña, entonces, también a aquellos que son víctimas de la avaricia y de los engaños y marca un espacio de violencia y de degrado que es castigado y rechazado y con éste un proyecto de nación:

Unos, sentados en la vereda, referían á otros la historia de sus desventuras, es decir, lo que les había costado ganar la suma que Lanza les llevaba.

Otros lloraban silenciosamente recostados contra la puerta del escritorio, como quien llora en la tumba de un sér querido, mientras otros maldecían y se mordían ropas y carnes con desesperación febriciente. (Gutiérrez E. 1890b: 291)

La avaricia del inmigrante italiano, de sus descendientes, también forma parte de la representación que propone Gastón Gori en *La muerte de Antonini*, novela publicada en 1956. El narrador, como en un juicio donde se «pesa» el alma de Antonini, repasa una vida que se ha movido solamente para el crecimiento económico, segando otros aspectos de la humanidad y de la socialización. Esta crítica se dirige a limitar un exceso que transforma una virtud –la de la laboriosidad, la del amor al trabajo– en vicio, redimensionándola y subordinándola a la capacidad de amar. Se trata de una

¹ La ortografía de las citas correspondientes a los textos de Eduardo Gutiérrez y, más adelante, las de Francisco A. Sicardi, Antonio Argerich siguen la de la edición.

visión que no se apoya en una perspectiva xenófoba sino correctiva desde lo moral, de tal forma que el sujeto se humaniza más allá de las contingencias histórico-sociales. La monstruosidad también signa a Antonini, hijo de un pobre inmigrante italiano, cuya muerte remarca la miseria de su vida, a nivel espiritual y afectivo, y de su mezquina herencia vital. Así, el narrador, en un diálogo-monólogo con el muerto, se asume como voz y como juez, repasando su vida «sembradora de desventuras; [...] ubicada en un mundo terrible, [...] al margen de los que viven concientes de los valores que ennoblecen al hombre con sus esperanzas, sus necesidades, su derecho a la justicia» (Gori G. 1992: 1). Los valores del trabajo de los inmigrantes son rescatados, sin embargo, entre tantos autores que pueden citarse, por Francisco A. Sicardi en *Libro extraño* (1899) y por Jorge Isaías, desde la elegía lírica con sus *Crónicas gringas* (2000; 2010). Sicardi en el tomo III de *Libro extraño*, «Don Manuel de Paloche», dedica una parte extensa a «Los trabajadores», resaltando en la argentinidad el encuentro de «razas», es decir, la borradura de fronteras que separan, y reconociendo como valor el heroísmo manifiesto en el trabajo:

Así se formó la familia mixta y los descendientes constituyen la nueva generación vigorosa. Por eso se quedan aquí para siempre, con el corazón transformado y viven la vida nuestra, alegres con nuestras alegrías, heroicos en nuestras guerras y acongojados en el dolor común. Se entregaron mutuamente sus propias idiosincrasias. Ellos trajeron las civilizaciones europeas, éstos les dieron su índole bravía y caballeresca. (Sicardi F. A. 1899: 50)

La «profunda [...] fraternidad entre los nativos y los inmigrantes colonos» (Sicardi F. A. 1899: 67) se basaba, desde esta perspectiva, en la empatía, en la identificación, en la solidaridad, pues «los dolores de la tierra italiana hicieron simpáticos a los que de allá emigraban. Parecían desterrados» (Sicardi F. A. 1899: 63), y en la idealización de Italia a partir de su historia y su patrimonio artístico-cultural. La utopía de Sicardi, que construye un espacio de convivencia sin conflictos, de integración aun con las características caóticas de una Babel, implica, entonces, una borradura de las distancias. Esto no significaba que la construcción de nuevas identidades desplazaran a la(s) anterior(es) sino que se estratificasen enriqueciéndose, de tal modo que intergeneracionalmente se construía una pertenencia no conflictiva a diferentes patrias, modelizándose un espacio fundado en el *epos* heroico, desde la a-historicidad utópica:

Oh Italia! Eres nuestra hermana! Tus hijos aman la tierra bendita y los nietos crecidos al lado del potro en la salvaje faena, los sudorosos de la

fragua ó del taller escuchan en la noche las leyendas de tus glorias muertas y las alabanzas de tus sangrientas resurrecciones! (Sicardi F. A. 1899: 59)

Esta mirada integradora de Sicardi contrasta con la fuerte posición nacionalista que percibía al «crisol de razas» como una amenaza para la Patria. En el ensayo de Maciel, no se concibe como posible el progreso moral del país debido a que resultaba ser, en ese presente crítico, «un conglomerado de las razas más diversas de la tierras» (Maciel C. N. 1936: 33). El autor niega la posibilidad de la integración con «restos sociales incoherentes» (Maciel C. N. 1936: 33). Refiriéndose a los italianos, sobre los que se centra en esta indagación y denuncia, repasa la inmigración indicando que no se integran ni se argentinizan:

Desde el año 1874 en que llegaron al país los primeros grupos itálicos, el tipo étnico se conserva intacto sin haberse logrado la anhelada absorción nada más que en un porcentaje tan mínimo, que carece de toda importancia y que no puede ser tomado como índice de la connaturalización italiana.

En determinadas regiones de la república, densamente pobladas, prevalece de tal modo el tipo neto, que nos parece encontrarnos en una comarca itálica plena de las idiosincrasias nativas.

La aclimatación no ha naturalizado a los italianos, y a través del tiempo se han agrupado más densamente, diferenciándose cada vez más de los núcleos nativos, sin adaptarse en el más pequeño detalle a las costumbres argentinas.

[...]

Es falso cuanto se diga de la adaptación itálica a nuestro país. A través de múltiples generaciones, la pro genie italiana continúa conservando los rasgos raciales de sus ascendientes y estos son más impermeables aún a todas las influencias extrañas. Conviven con modalidades propias, que no se transforman jamás y que resisten a todas las eventualidades de una evolución social, que se desarrolla ahora, en una base de reciprocidad cuantitativa verdaderamente peligrosa. (Maciel C. N. 1936: 38-39)

La oposición a la inmigración, atendiendo especialmente aquella italiana, se registra en numerosos textos de la literatura argentina. Antonio Argerich en la novela-tesis *¿Inocentes o culpables?* expone, después de haber estudiado una familia de inmigrantes italianos, el efecto nocivo de la inmigración y señala la imposibilidad de integración, denunciando la poca predisposición de los inmigrantes, degradados desde la configuración determinista del Naturalismo. Ésta es, en síntesis, la visión ideológica que rechaza contundentemente a la

inmigración, considerándola exclusivamente como un problema que el gobierno absolutamente tiene que resolver y enfrentar, incluso con la expulsión de los inmigrantes, aunque ésta no sería la única vía resolutive:

La intromisión de una masa considerable de inmigrantes, cada año, trae perturbaciones y desequilibra la marcha regular de la sociedad, -y en mi opinion no se consigue el resultado deseado, esto es, que se fusionen estos elementos y que se aumente la poblacion. En efecto, si buscamos unidad, seria imposible encontrarla: se habla de *colonias* aun aquí mismo en la Capital de la República y ya tenemos los oidos taladrados de oír hablar de la patria ausente, lo que implica un extravío moral y hasta una ingratitud, inspirada, muchas veces, por el interés que azuza un sentimiento exótico y apagado para que se ame á una madrastra hasta el fanatismo.

[...]

¿Cómo, pues, de padres mal conformados y de frente deprimida, puede surgir una generacion inteligente y apta para la libertad?

Creo que la descendencia de esta inmigracion inferior no es una raza fuerte para la lucha, ni dará jamás *el hombre* que necesita el país. (Argerich A. 1984: 10-11)²

El humor, como se verá en el siguiente apartado, constituye otra forma más de registrar el proceso de integración, en sus fracasos e intentos, desde el registro cómico y atendiendo especialmente el aspecto lingüístico, y desde una mirada externa a los inmigrantes.

3. *El humor de los otros*

Las estilizaciones de la alteridad, sea de su organización del mundo como del lenguaje, encuentran en las diferentes modalidades de la risa un espacio en el cual las representaciones modelizan valores y juicios (Bravo Herrera F. E. 2017), generalmente invirtiéndolos desde la sátira, la parodia, el grotesco, la caricaturización. La inmigración ha sido configurada, aprovechando esas diferentes estrategias, desde la comicidad en los sainetes y el grotesco criollo, es decir, principalmente en el teatro (Pellettieri O. 1999), construyendo arquetipos y estereotipos que sobreviven a las diferentes obras de teatro, ingresando en el imaginario popular. El *cocoliche* y la tradición, aunque efímera, de las *giacuminas*, significaron principalmente un trabajo de estilización con la lengua, que atendió la dimensión popular, pero que recrearon también una

² Cursiva en el original.

interlengua artificial que se configuró como estereotipo de un grupo, como marca identificatoria. Confusiones, enredos, desórdenes, improvisaciones, ambigüedades, inversiones, son algunas de las múltiples características de estos textos, en los que la tradición de la *commedia dell'arte* y de la picaresca, junto al del sainete español, encuentran un espacio para «narrar» y representar a la inmigración, a sus espacios, a sus protagonistas. Los sainetes de Carlos Mauricio Pacheco, Pedro Pico, Nemesio Trejo, Enrique Maroni, Enrique de María, Francisco Defilippis Novoa diseñan y proponen constantes en la construcción de subjetividades, que señalan, sobre todo las confusiones semánticas, identitarias, culturales, en última instancia el período de transición y de crisis en la sociedad³. El drama que se representa en estos textos, más allá de la comicidad y de la rigidez de sus personajes, ya devenidos máscaras fijas que condensan estereotipos y prejuicios extra-literarios, es el de la fragmentación identitaria, el de la no-adequación social, el de la marginalidad. La lengua deshilachada de los inmigrantes que tratan de comunicarse en el ámbito cerrado y, a la vez, abierto del conventillo simboliza, en una completa correspondencia, el desgaje identitario, el reacomodamiento forzado que implica el desplazamiento. La miseria y la falta de alfabetización, la periferia, el cosmopolitismo babélico, señalan la inestabilidad social y la caleidoscópica conformación social que no responde al ideal propuesto por el proyecto de inmigración y colonización. Se trata de una mostración que, en última instancia, a través de la risa denuncia un proyecto político fallido, aun cuando la comicidad motive a una catarsis, es decir, a una liberación de temores, odios, rechazos e, incluso, posibles identificaciones entre los espectadores. Condiciones de marginalidad y de *lumpenproletariat* evidencian el degrado de una sociedad, cuya punta de iceberg, la manifestación lingüística, pone en resalto dicha situación. La mirada es siempre externa, porque si bien en el teatro se crea de la ilusión del diálogo directo de los personajes-actores, es la voz del autor la que dispone el recorrido de los mismos, presionado por el *diktat* de los estereotipos y de las perspectivas ideológicas dominantes. En esta línea, el grotesco, como lo señaló David Viñas (1997), representa la caída de la política liberal, el fracaso de un proyecto político y de un personaje que no pudo concretar dicha empresa encomendada por la historia. La inocencia y la bonhomía de algunos personajes de sainetes y grotescos no hace más que acentuar su inadecuación, su fragilidad, sus debilidades. Las relaciones sociales, incluso las familiares, se quiebran y se deshilachan, como la lengua, como la identidad. El conventillo, espacio en el que podría fraguarse el crisol de razas, en realidad se presenta como un pequeño infierno babélico, en el cual los

³ Entre los numerosos abordajes sobre el cocoliche y el lunfardo puede citarse el estudio de Sabatino Alfonso Anecchiarico (2012).

personajes parecen perdidos y forzados en ese espacio, marginal y artificial. Si bien en algunas obras los inmigrantes italianos van adquiriendo autonomía, desprendiéndose de las máscaras y asumiendo positivamente valores que los hacen indispensables para la sociedad y para el destino del país, sin embargo, el registro cómico continúa ridiculizándolos y sometiéndolos a una mirada distanciadora. Los espectadores conocían las realidades representadas en las obras de teatro y muchos de ellos bien podrían haber sido protagonistas de las mismas, pero la risa crea un efecto complejo y contradictorio que reúne el extrañamiento por el distanciamiento a través de la risa y, por otro, una identificación por las referencias y el apoyo a la realidad contemporánea, pequeña, que podría corresponderse con una humilde intra-historia de la inmigración. La degradación se acentúa en las obras de Armando Discépolo, reduciéndose al mínimo la risa, que se vuelve una mueca desgarrada. La deformación no solo ciñe a la lengua, sino principalmente a los vínculos interpersonales y a la condición interna del sujeto. Estos conflictos se complejizan y estratifican en las obras de teatro de Roberto Cossa, como *Gris de ausencia* o *La Nona*, en las que las identidades, aun no definidas, continúan siendo desgarradas. Se construye, especialmente en *Gris de ausencia*, una doble ausencia, porque la emigración de los padres y abuelos se reproduce en la de los hijos y nietos, haciendo que éstos se desplacen nuevamente abandonando la tierra en que nacieron y que sus padres habían adoptado como nueva Patria. Se trata de una constante y permanente condición de exiliado y de orfandad, que se construye tanto en las historias de los personajes, en sus movimientos, como en su lengua. Tiempos y espacios se mezclan y se superponen, creando la comicidad, la parodia, pero revelando el desarraigo profundo que marca, como único rasgo definitorio a los inmigrantes. Esa no-pertenencia, ese continuo deambular y desplazarse sin lograr detenerse en una patria, recuerda el castigo del Judío errante, por lo que es posible conjeturar que quien emigra signa el destino y el de sus descendientes. No se trata solamente de un mandato o de una herencia que comprende una memoria, una doble pertenencia o una ausencia, sino más bien la matriz de una permanente soledad, de un perenne abandono que no son más que un desarraigo. La comicidad acompaña, con un triste y amargo gesto, este deambular espiritual que manifiesta un profundo malestar, la interiorización de la e(in)migración como único rasgo de pertenencia y de despojo a la vez. Se trata de un doble fracaso también en relación con el proyecto de e(in)migración, porque se profundiza la ruptura del mito y de la utopía de Argentina y de América como tierra de promisión y de la tierra abandonada y cantada con nostalgia e idealización como Paraíso Perdido que era necesario recuperar. Ese doble fracaso es, pues, un doble despojo de imaginarios, la pérdida de valores e ideales, de utopías y anclas de salvación en

el continuo desarraigo. Ya no existen, por tanto, ni siquiera espacios del imaginario, proyecciones utópicas de pertenencia y de identificación que puedan dar cuenta de una identidad, al menos construida en tensión entre un pasado y un futuro. No quedaría más que reconstruir(se) desde ese punto. La pregunta es si estos personajes, si, en definitiva, el país y sus habitantes, podrían hacerlo, porque en última instancia estas obras de teatro, desde la comicidad, lo que hacen es devolver(nos) con estas historias y con la risa catártica una condición, una forma de ser argentinos, de ser descendientes de inmigrantes, y de ser también emigrantes, con el imaginario o con el periplo inverso del de nuestros abuelos (Bravo Herrera F. E. 2011).

4. *Épica y elegía de la memoria*

La inmigración «narrada» y representada por los mismos protagonistas o por sus descendientes encuentra un espacio reciente en la producción literaria argentina. La distancia, al tomar la palabra, disminuye completamente en estos textos y la mirada ya no es ni negativa ni desacralizadora, sino signada por la nostalgia, la memoria, declinada bajo la elegía o la épica. Se rescata la laboriosidad de los antepasados, de los colonos y la voz asume un diálogo con un pasado que suele ser mítico, modelizado según el modelo bíblico del Génesis. Las «narraciones» se conforman como indagaciones reflexivas, que reconstruyen una (meta)genealogía a través del relato de historias familiares en sagas o de auto-biografías en donde el sujeto se erige en portador de una historia colectiva. De esta manera, en la reconstrucción familiar o individual de una gesta se busca remodelar una(s) identidad(es) que se van abriendo en mismidades, otredades en una forma compleja de pararse en el cronotopo. La contemporaneidad se desarticula en estas indagaciones y la italianidad se vuelve un rasgo identitario que se va (des)dibujando, siempre en diálogo con una indispensable argentinidad. No se trata de una identidad homogénea, sino fragmentada, múltiple, que se vuelve opaca y plural, como los relatos y como las voces que van desplegando el relato de los tantos desplazamientos. Movimientos no solamente geográficos, lingüísticos o culturales sino principalmente temporales e intergeneracionales. Las voces se vuelven espectros y la memoria es el hilo conductor de los discursos, a través de (dis)continuidades, revisiones de mandatos, designios, destinos, símbolos e imágenes. La palabra asume una función «arqueológica» de excavación en lo profundo de los sujetos, metonímicamente, en elipsis, reconstruyendo no solamente la identidad o el rostro de quien(es) asume(n) la «narración», sino de una familia, una comunidad, una nación. El desplazamiento, con sus

mandatos y herencias, con los despojos y destierros, con las victorias y las heridas, es el sujeto y el objeto principal de estos textos⁴. Dentro de la amplia producción literaria, que puede inscribirse en este «corpus», pueden citarse *Santo oficio de la memoria* (1947) de Mempo Giardinelli, *Gente conmigo* (1962), *Línea de fuego* (1964), *Historias en rojo* (1969), *Extraño oficio* (1972), *Taller de imaginería* (1977) de Syria Poletti, *La tierra viva* (1972), *Continuidad de la Gracia* (1977) y *Los nombres de la tierra* (1985) de Lermo Rafael Balbi, *Monsieur Jaquin* (1986) de José Pedroni, *Buenos augurios* (1986) y *Diario de ilusiones y naufragios* (1996) de María Angélica Scotti, *Oscuramente fuerte es la vida* (1990), *La tierra incomparable* (1994), *El padre y otras historias* (2009) y *Cita en el lago Maggiore* (2011) de Antonio Dal Masetto, *Mar de olvido* (1992) de Rubén Tizziani, *Augustus* (1993) de Liliana Bellone, *Diálogos en los patios rojos* (1994) y *Si hubiéramos vivido aquí* (1998) de Roberto Raschella, *Luz de las crueles provincias* (1995) de Héctor Tizón, *El mar que nos trajo* (2001) de Griselda Gambaro, *Giuseppe* (2003) de Nelson-Gustavo Specchia, *Stefano* (2004) de María Teresa Andruetto, *Otro lugar* (2008) de Elena Bossi. En esta línea habría que incluir también a Gastón Gori, quien en su amplia y rica producción ensayística y novelística dedicó a la inmigración en la Pampa Gringa un espacio relevante de indagación histórica y reformulaciones literarias.

5. Mínimas conclusiones a manera de cierre provisorio

Son muchas las problemáticas a reflexionar, vinculadas con el difícil proceso de (re)definición de subjetividades e identidades, de perspectivas ideológicas y de contradicciones en las relaciones entre otredad/mismidad. Más allá de las diferentes representaciones que ofrece la literatura cabe preguntarse también qué lugar ocupa el corpus amplio conformado por textos escritos sobre la inmigración escritos por inmigrantes italianos que han elegido, aun estando en Argentina, escribir en italiano, o que volviendo a Italia han seguido (re)pensando el espacio argentino como lugar que los interpelaba y los definía. Se trata de escrituras migrantes, cuya pertenencia parece también, a veces, encontrarse desplazada, desterrada, desarraigada, marginada. Folco Testena, Vanni Blengino, Cesarina Lupati, entre otros, desde su condición de migrantes han asumido en la escritura esa doble pertenencia, que en ocasiones se resuelve como una no-pertenencia. La e(in)migración resulta, entonces, una instancia que los define y desplaza su escritura. Es lícito entonces, preguntarnos si podríamos incluir también esa producción en la literatura

⁴ Algunas de estas cuestiones, sobre las cuales no se detendrá en esta ocasión, ya han sido propuestas anteriormente (Bravo Herrera F. E. 2012, 2014, 2015b, 2016).

argentina, sin importar la lengua elegida; del mismo modo que sería necesario recuperar producción para-literaria o no-literaria vinculada con la inmigración que es necesario poner en diálogo y quitar del olvido y del silencio. Memorias, diarios, cartas, son solamente algunos de los textos que forman parte de una memoria desgarrada, olvidada, pero que conforman un corpus riquísimo no solamente por su valor documental sino también por la presencia de imágenes, constantes, enigmas, cifras y claves que pueden ponerse en diálogo con la «literatura», reformulando el canon, enriqueciendo el sistema nacional. Pero sobre todo ponerse en diálogo con nuestra propia historia, intergeneracionalmente. El desafío queda abierto, la invitación para buscar en estas otras fronteras los encuentros, las diferencias, el estar entre-medio, el transitar cargando tantas voces, tantas memorias.

Bibliografía

Anecchiarico S. A., *Cocoliche e lunfardo: l'italiano degli argentini. Storia e lessico di una migrazione linguistica*, Milano – Udine, 2012.

Anzoátegui I. B., *Vida de muertos*, Buenos Aires, Colihue – Biblioteca Nacional, 2005.

Argerich A., *¿Inocentes o culpables?*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984.

Bhabha H., *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002.

Bravo Herrera F. E., «Desarraigos, fronteras y exilios de la inmigración: *Stéfano de Armando Discépolo y Gris de ausencia* de Roberto Cossa», *Quaderni di Thule X. Rivista italiana di studi americanistici. Atti del XXXII Convegno Internazionale di Americanistica*, Perugia, Centro Studi Americanistici «Circolo Amerindiano», 2011, pp. 843-852.

Bravo Herrera, F. E., «Syria Poletti y el oficio de escribir exilios», en Rosa Maria Grillo (editora), *Penelope e le altre / Penélope y las demás*, Salerno, Oèdipus, 2012, pp. 283-304.

Bravo Herrera F. E., «Inmigración y nacionalismo en *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez», *Quaderni di Thule. Rivista italiana di studi americanistici. Atti del XXXIV Convegno Internazionale di Americanistica*, Perugia, Centro Studi Americanistici «Circolo Amerindiano», 2013, pp. 585-592.

Bravo Herrera F. E., «La inmigración italiana en Argentina entre la memoria y el olvido», en Rosa Maria Grillo y Carla Perugini (coordinadoras), *El olvido está lleno de memoria*, Salerno, Oèdipus, 2014, pp. 79-112.

Bravo Herrera F. E., *Huellas y recorridos de una utopía. La emigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Teseo, 2015a.

Bravo Herrera F. E., «Recuperación de la memoria en la escritura de Rubén

Tizziani y de Roberto Raschella», *Zibaldone. Estudios Italianos de La Torre del Virrey*, III, n. 5, «La presencia italiana en las Américas», coordinado por Adriana Crolla, 2015b, pp. 221-228.

Bravo Herrera F. E., «Espacios autobiográficos y de la memoria en Syria Poletti», *Gramma*, 27, n. 56, 2016, pp. 121-135.

Bravo Herrera F. E., «Humor y representaciones de la e(in)migración italiana en la Argentina», en Domenico Antonio Cusato y Cecilia Galzio (a cura di), *Ricordando Antonio Melis. Omaggio degli amici di Testo, Metodo, Elaborazione elettronica*, Salem, Lima, New York, Axiara Editions, 2017, pp. 41-52.

Cambaceres E., *En la sangre*, Buenos Aires, Colihue, 2007.

Gálvez M., *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2001.

Gori G., *Vagos y mal entretenidos*, Santa Fe, Librería y Editorial Colmegna, 1951.

Gori G., *La muerte de Antonini*, Santa Fe, Ediciones Sudamericana Santa Fe, 1992.

Gutiérrez E., *Carlo Lanza*, Buenos Aires, N. Tommasi, 1890a.

Gutiérrez E., *Lanza el gran banquero. (Continuación de Carlo Lanza)*, Buenos Aires, N. Tommasi, 1890b.

Isaías J., *Crónica gringa*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2000.

Isaías J., *Crónica gringa y otras crónicas*, Rosario, Fundación A. Ross, 2010.

Maciel C. N., *La italianización de la Argentina. Tras la huella de nuestros antepasados*, Buenos Aires, Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, 1936.

Pellettieri O. (editor), *Inmigración italiana y teatro argentino*, Buenos Aires, Galerna – Instituto Italiano de Cultura de Buenos Aires, 1999.

Rojas R., *La restauración nacionalista*, La Plata, UNIPE – Editorial Universitaria, 2010.

Viñas D., *Grotesco, inmigración y fracaso: Armando Discépolo*, Buenos Aires, Corregidor, 1997